RELACIÓN EN VERSO

DE UN COMBATE

ENTRE

ARAUCANOS Y ESPAÑOLES

OCURRIDO EN CHILE EN 1759.

POR

FR. PEDRO MERINO DE HEREDIA.

Reimpresa de la rarísima edición de Lima de 1767, con algunas notas históricas

DE

J. T. MEDINA

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA ELZEVIRIANA
1899

460-2

RELACIÓN
DE
UN COMBATE

Tirada de 59 ejemplares

T 3034

RELACIÓN EN VERSO

DE UN COMBATE

ENTRE

ARAUCANOS Y ESPAÑOLES

OCURRIDO EN CHILE EN 1759.

POR

FR. PEDRO MERINO DE HEREDIA.

Reimpresa de la rarísima edición de Lima de 1767, con algunas notas históricas

DE

J. T. MEDINA

BIBLIOTECA CHILE

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA ELZEVIRIANA
1899

NOTAS HISTÓRICAS

El librito que hoy reimprimimos en tirada por separado, en su casi totalidad á plana y renglón, aprovechando las formas de nuestra *Biblioteca hispano-chilena*, es bastante raro. He aquí su descripción bibliográfica:

4.°—Port.—v. en bl.—Solicitud al Gob. para la impresión y licencia de éste de 26 de Febrero de 1767, 4 pp. s. f.—Texto en verso, 30 pp. s. f.—Certificación del comisario general don José del Río de ciertas diligencias que constan del proceso sobre la construcción de un fuerte, 4 pp. sin foliar.

B. M.

MEDINA, *Bibl. Amer.*, n. 1661.

La obra del P. Merino de Heredia

ha sido citada en el *Libro del Consulado* de Santiago, como lo recordamos ya en nuestra *Historia de la literatura colonial de Chile*, t. I, p. xx, y el señor Barros Arana en su *Historia general de Chile*, t. VI, p. 212, la ha seguido de cerca y aún copiado alguna de sus estrofas para contar la que llama campaña de Ríobueno. Añade que el presidente don Manuel de Amat, «que pretendía dar á esa jornada el carácter de un timbre de honor de su gobierno,» fué el que la hizo publicar.

A este respecto conviene saber lo que dice el autor en el prólogo: «habiendo reconocido el diario y demás documentos originales que califican el célebre ataque que á orillas del Río

Bueno, jurisdicción de Valdivia, sostuvo y defendió el comisario general de caballería don Juan Antonio Garretón y Pibernat, teniente coronel de infantería española, gobernador actual de la provincia de Jauja, había resuelto poner en metro aquella memorable función.»

Sea, pues, que á instigaciones de Amat, ó bien, como creemos más probable, por deferencia hácia Garretón, el protagonista de aquel combate, á quien Merino de Heredia ha debido sin duda conocer, es lo cierto que éste ha dejado en su *Relación* un testimonio de verdadero valor histórico, tanto más de estimar cuanto que, con excepción del cronista Carvallo y Goyeneche, es el único contemporáneo

que cuidara, en cuanto sepamos, de consignar aquellos hechos, de los que ni rastros se encuentran en los documentos que se guardan en nuestros archivos.

Dada la índole del trabajo de Merino de Heredia, apenas necesitamos decir que carece casi en absoluto del estro poético, pero que, en cambio, lo que, para nosotros al menos, es más de celebrar, es verdadero en su relación y minucioso en sus detalles, habiéndose al intento aprovechado, según lo refiere, de los autos originales de la materia, que hoy día no se sabe donde paran. Es probable, asimismo, que algunos particulares los supiera del propio Garretón, á quien pudo tratar en Lima, ó bien

de fray Antonio Martos, que acompañó á la expedición en calidad de capellán y que pertenecía, como él, á la Orden de San Francisco.

Si no temiéramos alargarnos demasiado, de buena gana reproduciríamos aquí la relación que de la jornada hace Carvallo y Goyeneche, que manifiesta conocerla de cerca, para poder comparar así la del historiador con la del poeta.

De la vida de éste no sabemos otra cosa que lo que él mismo apunta en su *Relación*, esto es, que era miembro la Orden de San Francisco, que había sido lector de teología, y que á la fecha en que escribía sus versos residía en Lima como capellán del virrey don Manuel de Amat.

Respecto de don Juan Antonio Garretón las noticias que nos han quedado son bastante más copiosas y precisas.

Desde luego aparece que era natural de Aragón y que ha debido llegar á Chile á mediados de 1741, al menos hay constancia de que el 1.° de noviembre de ese año empezó á servir en Valdivia, en cuyo puerto desempeñó sucesivamente los empleos de ayudante mayor de plaza (1744), castellano del castillo de Cruces, (1751-15 de julio de 1754) fecha en que fué nombrado capitán de infantería española de la primera compañía. En 1758 figura como teniente coronel y sargento mayor, y al año siguiente como comandante

de la misma plaza y comisario general de caballería.

Durante ese largo período parece que Garretón sólo salió de Valdivia en 1752, con ocasión de un viaje que tuvo que hacer á Santiago en desempeño de la misión que se le confió de revisador de los víveres que debían enviarse á aquel puerto.

Sabemos ya que la expedición á Río Bueno que Amat confió á Garretón y que es la que celebra la *Relación* de Merino de Heredia, se verificó en 1759.

Al año siguiente el mismo Amat le encomendó la dirección de los trabajos de la translación de la plaza de Valdivia á la isla de Mancera, en cuya fecha tuvo también á su cargo

las fiestas que allí se celebraron por la jura de Carlos III, que por extenso ha referido don Pedro Usauro Martínez en un trabajo que se conserva inédito.

En 26 de agosto del año siguiente era nombrado gobernador de Chiloé, habiendo arribado á Chacao el 11 de diciembre de 1761, cargo que sirvió hasta el último día del mismo mes de 1765.

Mucho podríamos extendernos sobre el gobierno que Garretón hizo en Chiloé, pero basta á nuestro intento por ahora darlo á conocer en sus líneas generales.

Luego de llegar á Chacao se halló con la noticia de la muerte de la reina, con cuyo motivo publicó allí,

á fines de diciembre de aquel año (1761) un bando mandando cargar lutos rigurosos por el término de seis meses y hacer honras en un día determinado en Chacao, en Castro, en Calbuco, con todo el aparato que hubiese lugar, «en señal del justo dolor con que los fieles vasallos de una reina tan buena debemos acreditar el amor y lealtad, lo harán cumplir los corregidores en forma de bando, bajo las penas que en mí reservo», decía.

Uno de los tópicos que á que desde un principio dirigió su atención el nuevo gobernador fué el de la exploración del archipiélago confiado á sus desvelos.

En octubre de 1762 escribía, en efec-

to, al Presidente que tenía construída una galeota de 17 varas de quilla, que podría botarse al agua en el mes de enero entrante, y que luego que esto se verificase, haría viaje al río Palena, á la parte del sur, diez leguas del Corcobado, «porque quiero desengañarme de este formidable río, que por noticia que me han dado los indios guaiguenes, interna mucho á la parte del Este, dejando las cordilleras atrás, y me aseguran haber población, sin saber qué nación sea, y de lo que resultare avisaré á V. S.» Se lisonjeaba de la construcción de las galeotas porque con ellas podría defender las islas, yéndose á los canales, donde las corrientes no permitirían entrar á los navios extranjeros.

Pero la fragata que conducía los pertrechos que necesitaba naufragó, y, en vista de ello, el Presidente le transmitió órdenes para que suspendiese sus preparativos.

En 18 de marzo del año siguiente avisaba haber enviado una embarcación al reconocimiento de la costa del sur é isla de Inche, al cargo del ayudante de milicias don José Domínguez, con 18 hombres, entre indios y españoles, en buena disposición de aperos y bastimentos y con las instrucciones siguientes:

Que observase las conversaciones de los indios; que procurase no tocar en puerto alguno del golfo desde que saliese de Castro; llevar un diario; reconocer ciertos puertos; y guar-

dar sobre todo profundo silencio.

Continuando aquel propósito, decía Garretón al Presidente en 21 de junio de 1763: «Despaché una embarcación al reconocimiento de las Guaitecas y costa del sur, y aunque no llegó al cabo hasta donde le previne, no obstante, registró y fué á la bahía de Palpualaguén.»

Otro asunto que preocupaba más, si cabe, la atención del gobernador era la restauración del camino de Osorno.

Sobre este particular, Garretón recordaba al Presidente en 21 de marzo de 1763, que el año de 1760 (debió decir fines de 1759) se determinó por Amat, como sabemos, que se formase el fuerte *Fernando* á ori-

llas de Río Bueno para el fin de contener á los indios juncos y favorecer la apertura del camino de Valdivia; que para esta expedición se destinaron ochenta fusileros de Valdivia, que llegaron á Río Bueno y se parapetaron en una empalizada, donde fueron atacados la noche del 20 de enero, rechazando á los indios, y que se habría logrado entonces la apertura del camino, si no hubiera sido que no se pudo conseguir arribara á Chacao una lancha despachada por el gobernador de Valdivia, y varios otros contratiempos, continuando siempre los indios en inventar mil victorias de invasiones, por lo cual hubieron de desamparar los españoles el fuerte.

Persiguiendo aquel intento, entre las instrucciones que á Garretón, una vez en el gobierno, envió el Virrey, se contaba la de que en todas ocasiones, sin costo de la Real Hacienda, procurase indagar con maña noticias de la tierra firme, y particularmente de la que intermedia entre el fuerte de Maullín y Río Bueno. Luego que se recibió del mando, ordenó, en efecto, al capitán Juan de Cárdenas, que saliese con alguna gente á reconocer el camino antiguo de Osorno por la parte del fuerte de San Francisco Javier de Maullín. Cárdenas llegó hasta las Lagunillas, desde donde se divisaban los llanos de Osorno. No se había perdido oportunidad de adquirir más noticias, y,

tanto vecinos como militares, se manifestaban deseosos «de sacudir el yugo en que los han tenido acorralados, sin la comunicación con el continente, que sólo la logran para la respuesta de una carta al cabo de un año, haciendo el torno por la capital de Lima, y muchas veces dos; y en la opresión que viven por falta de tierras, desean sacrificar sus vidas y franquear el camino.»

Y agregaba en seguida: «No hay duda, señor, que esta es gente docilísima y esforzada, que saben sufrir las necesidades de la campaña, pues le consta que con un puño de harina de cebada suelen pasar el día; y su obediencia es muda.»

Guill y Gonzaga mandó á Garretón

que le enviase las órdenes anteriores que tenía sobre la materia y que, juntando á los capitulares, vecinos y militares, tomase su dictamen. Reuniéronse, en efecto, los militares el 26 de marzo de 1764, añadiendo á lo expuesto por el gobernador que con el camino podría salir la gente á Valdivia y poblarse á Osorno. Los vecinos agregaban, por su parte, que ya antes se habían ofrecido á la apertura del dicho camino, «reuniendo sus cortos bienes, peones y los demás necesarios víveres, como también nuestras personas é hijos, y lo que nos excita á esta empresa es hallarnos totalmente destituídos de todo humano socorro, que el día de hoy y en los tiempos pasados carece esta provin-

cia de lo que le entra de fuera por medio de los navíos, que al presente faltan, por lo que experimentamos una total falta y una suma desdicha.» No podían á veces celebrar la misa por falta de vino, y «se halla la provincia tan sobrada de gente, expresaban, que ya no caben en ella, y no tener los más tierras en qué vivir y hacer sus labranzas para mantenerse». Querían sacar trescientas familias que en ese entonces, á su decir, «vivían unas sobre otras, sin poder sembrar sinó unos cortos *peujalitos*, que no les basta para el preciso alimento de todo el año.»

Apenas necesitamos decir que la apertura de tan deseado camino no llegó á verificarse por entonces.

Mientras tanto, no faltaban tampoco otros contratiempos que vinieran á aumentar la triste situación á que se veían reducidos los isleños.

En efecto, el 25 de noviembre de 1762 naufragó en el paraje de Lacotué cerca de Lacuy, la fragata *Nuestra Señora de la Encarnación*, que llevaba el situado, armas y municiones; se ahogaron cinco de los tripulantes y se trató de salvar algunas cosas por medio de buzos, hombres y mujeres de los indios haiguenes, que se zabullían hasta 30 brazas en un mar bravo y lleno de peñascos.

El 18 de mayo de 1763 dió en la costa en las Estaquillas del partido de Carelmapu el barco piragua *Nuestra Señora de Dolores*, que regresaba de

Valdivia, de propiedad de don Fernando Ascencio, por rompérsele el codaste del timón; se ahogaron once de sus tripulantes y salvaron quince; y poco después se perdieron también los barcos San Juan Evangelista y San Judas Tadeo, álias el *Responso*, salvando sólo el hierro y anclas.

A todo esto, y casi desde los principios de su gobierno, se había visto nuestro mandatario envuelto en serios desagrados con el clero de las islas. Poco después de su llegada allí, el 2 de febrero de 1763 el sacristán de la iglesia parroquial de Chacao pasó á casa de Garretón á invitarlo para que asistiese al siguiente día á la iglesia á la fiesta de la Candelaria, patrona del puerto. Asistió, en efec-

to, y cuando llegó el momento de que se le diese la paz, no lo hizo su capellán, como había sido de costumbre, por haberlo prohibido el cura don Pascual Ruiz de Berecedo, sinó un hombre vil, que por asesino, habiéndose asilado en la iglesia, estaba sirviendo para los menesteres interiores del templo. El gobernador, como era natural, no la quiso recibir de manos de este sugeto; hizo sobre ello una representación al Gobierno, y éste, por medio del fiscal, acordó pasar una nota al obispo de Concepción para que mandase al cura que cumpliese con las leyes.

Garretón pretendió amparar á los caciques que se quejaban de que se les empleaba seis meses del año en

recoger el diezmo de todo el Archipiélago, y esto, naturalmente, le acarreó la mala voluntad de los curas.

Pero el desagrado más grande le vino de haber formado un expediente sobre la fuga que intentaron hacer en una piragua algunos indios de aquella provincia con cartas de particulares y de los reverendos padres de la Compañía de Jesús, en que se incluía la visita secreta que de ordcn del R. P. provincial actuó en aquel colegio el padre Juan Nepomuceno Erlaguer, que, abierta, puso en los autos;...«y no siendo conveniente que las cartas de visita de una religión que contienen asuntos muy secretos corran con los autos ni se vean en tribunal alguno; por tanto, ordeno y

DR

mando que las referidas cartas se quiten de los autos y se saquen copias.»

De las copias de cartas que se conservan en el expediente, el cual está muy incompleto, en lo relativo al gobernador de Chiloé se dice por Erlaguer que no quería á los jesuítas; que había inventado cartas en su contra; que una ocasión repitió en público que no creyesen á los teatinos, que se fingían santos, y que el triduo de ejercicios que daban á las mujeres en la iglesia les servía para sus pecados; y que otra vez, en presencia de uno de los padres, hallándose en la mesa, había declarado que le parecía muy buena la conducta de los reyes que habían echado de sus domi-

nios á los jesuítas, pues eran los mayores revoltosos del mundo. A su turno, los jesuítas decían que, en parte, venía el odio que el gobernador les tenía, porque interesándose en seducir á una doncella, no lo había conseguido merced á los consejos de un jesuíta. De aquí tomó pié Garretón para acusarles de que revelaban los secretos de la confesión.

Bien fuese que, disgustado Garretón por las contínuas desavenencias que tenía con los jesuítas, enviara su renuncia al presidente Guill y Gonzaga, grande amigo y favorecedor de aquéllos, ó que estuviese ya cumplido el término de su gobierno, el hecho es que en abril de 1766 se embarcó en Chacao con dirección á San-

tiago. Para hacerse representar en su juicio de residencia, dió aquí su poder al maestre de campo don Juan José de Santa Cruz, y poco después siguió al Perú, nombrado ya, según creemos, por su antiguo protector don Manuel de Amat, en ese entonces virrey del Perú, gobernador de la provincia de Jauja.

De aquel puesto le sacó también Amat para enviarlo nuevamente á gobernar á Chiloé, en donde ya no imperaban los jesuítas, sus antiguos adversarios, expulsados como lo estaban hacía tres años, de todos los dominios españoles de América; y considerando urgente el regreso de Garretón, dictaba en 5 de octubre de 1771 las órdenes convenientes para

que el navío *El Valdiviano*, á cuyo bordo debía conducirse, apresurase su viaje á Chiloé.

Bien poco es lo que sabemos acerca del segundo gobierno de Garretón en el archipiélago, á no ser que sucedió á don Carlos de Beranger, que hizo construir una fortaleza en San Carlos y que aún permanecía allí en 1774.

Tenía entonces, y desde algunos años antes, el grado de teniente coronel. Regresó después al Perú; alcanzó á ser coronel, según creemos, y falleció en Lima hácia los años de 1782.

Se casó en Valdivia con doña Benigna Fernández de Lorca y Martínez de Aparicio, hija del capitán coman-

dante de aquella plaza don Pedro Fernández de Lorca y de doña Micaela Angela Martínez de Aparicio y López.

RELACION
DE LA GLORIOSA FUNCION

que lograron las Armas Españolas la noche del 27. de Enero del año de 1759. mandadas por el Comisario General de Caballeria D. Juan Antonio Garreton y Pibernat, Capitan Comandante de la Plaza de Valdivia: de òrden del

EXMO SENOR DON MANUEL DE AMAT y JUNIENT, Caballero del Orden de S. Juan, del Consejo de su Mag. Teniente General de sus Reales Exèrcitos, Gentil hombre de Càmara con entrada, Virey, Gobernador y Capitan General de estos Reynos, siendo Presidente, Gobernador, y Capitan General de el de Chile.

COMPUESTA POR SU CAPELLAN EL R. P. LECT. en Sagrada Teologia Fr. Pedro Merino de Heredia, del Sagrado Orden de Menores.

Con licencia del Superior Gobierno: Impresa en Lima: en la Oficina de la Calle de la Encarnacion. Año de 1767.

«Excmo. Señor:

«El padre fray Pedro Merino de Heredia, del orden de menores de N. P. San Francisco, ex-lector en sagrada teología, ante V. E., con su mayor rendimiento parece y dice: que habiendo reconocido el diario y demás documentos originales que califican el célebre ataque que á orillas del Ríobueno, jurisdicción de

Valdivia, sostuvo y defendió el comisario general de caballería don Juan Antonio Garretón y Pibernat, teniente-coronel de infantería española, gobernador actual de la provincia de Jauja, ha resuelto poner en metro aquella memorable función, en la forma que consta del papel que manifiesta, el que desea dar á la prensa. Y no pudiendo ejecutarlo sin la venia de este superior gobierno; por tanto, á V. E. pide y suplica se sirva de concederle licencia para imprimirlo, que será merced que espera recibir de su poderosa mano.—Fray Pedro Merino de Heredia.

Lima, 26 de Febrero de 1767.—Concédesele al suplicante la licencia

que solicita para imprimir el cuaderno que ha manifestado.—(Una rúbrica de S. E.)—MARTIARENA.—(Otra rúbrica).

OVILLEJO

El príncipe excelente,
que impera viso-rey el occidente:
don Manuel de Amat digo,
de quien el nombre es el mayor testigo:
como Marte cristiano,
cuando el reino de Chile presidia,
inspirado de aliento soberano,
por quien su pensamiento se movía,
con ansias inmortales
deseaba remediar bárbaros males,
haciendo se esparciesen las semillas
(que son del Evangelio maravillas)
entre aquellas ciudades que perdidas,
de los indios se ven sobrecogidas,
por más que el español con su quebranto
piense inundar el cielo con su llanto.
Y llevado del celo que le inclina,
su pensamiento á Osorno se encamina;
porque ésta, restaurada,
toda su idea estaba asegurada;
pues se comunicaba ciertamente

por

por sólo el continente
desde Valdivia, que era
hasta Chiloé la más precisa esfera.
Este fué su proyecto;
pues según he formado yo el concepto,
era este beneficio
para ambas majestades sacrificio:
y más con la abertura,
que hacia en tal camino su cordura;
pues teniendo este rumbo descubierto,
Valdivia hallaba su socorro cierto.
Pues si la acometian
enemigos de Europa que venian
Chiloé pudiera dar en un instante
cuatro mil hombres de ánimo constante:
y con tales campeones
no hubiera ya temibles invasiones.
Y si esta vía no se descubriera,
el socorro por tierra no se viera;
ni éste fuera oportuno
fiado á las inconstancias de Neptuno;
pues sólo por el mar se efectuaría,
y mucho tiempo asi se gastaría.
Estos reparos, pues, muy bien fundados,
como

como de tan gran principe acordados,
dispuso Su Excelencia,
(por iograr el efecto de su ciencia)
que fuese de su tropa comandante
un espíritu heroico y arrogante:
don Juan Antonio Garretón se llama,
el que aumenta sus plumas á la fama.
De la caballería es comisario,
y del valor erario;
y como Su Excelencia ya sabia,
que aún Marte no excedió su bizarría,
le deja en sus acciones
la libertad, aún dándole instrucciones;
porque con el valor de su talento
ordene lo mejor su entendimiento.
El orden que le expresa,
vistas las generales, asi empieza.
Luego que hayáis llegado,
(si de riesgos el cielo os ha librado)
á tocar las orillas del Riobueno,
ó de inquietud ó sobresalto ajeno:
os mando hagáis un fuerte,
que terror sea de la misma muerte.
En nombre de *Fernando* el fuerte erige,

pues nombre es del monarca que nos rige.
Cuando este orden tomaba
Don *Juan Antonio*, allá en Santiago estaba,
á quien el mismo ilustre presidente
impuso vocalmente,
para que fuese así mejor instruido
en la idea que habia concebido.
Y así reconociendo
que bien se iba el negocio dirigiendo,
pues el principe estaba cerciorado
del valor que jamás habia ignorado:
le advirtió que esta empresa que trazaba,
aún antes de pensarla se la fiaba.
Y no erró en el dictamen,
pues breve se vió práctico el examen.
Y la primera noche,
cuando Febo ocultaba el rubio coche,
el valiente caudillo mencionado
fué de cuatro mil indios atacado,
cuya defensa la dirá la historia,
que esa es de *Amat* y *Garretón* la gloria.
Y para que á sus términos lleguemos,
la relación y el viaje seguiremos.
En el año de mil y setecientos

que

que con cincuenta y nueve se contaban,
las tropas de este héroe se formaban.
Y en el dia segundo
en que toda la Iglesia militante
del Redentor del mundo
celebra el nacimiento muy constante:
en este mismo día,
ostentando salió su bizarría
el Cid de Zaragoza
con una tropa electa y espantosa,
era de valdivianos y limeños
que hacian competencia sus empeños.
De ciento y treinta hombres se compone;
pero con tan buen orden se dispone
que uno solo tuviera
la virtud de su resto si riñera.
Salió pues de Valdivia
la ardiente tropa, que jamás se entibia
que como era de jóvenes compuesta,
la sangre en todo hierve manifiesta.
Tan lucido iba tal destacamento,
que el mismo Marte se admiraba atento:
y Júpiter miraba desde el cielo
las nuevas glorias que ostentaba el suelo.

To-

Todos van satisfechos
con armas, municiones y pertrechos,
y con cuanto importaba con certeza
para el logro feliz de aquella empresa.
Y aunque está *Garretón* asegurado,
con todo, tres cañones ha llevado:
para que el enemigo quede cierto
de que hasta en su disparo está su acierto.
También un esmeril llevaba ufano,
porque por excelencia fué á su mano,
y en él reconocía
que el esfuerzo de *Amat* se contenía.
Fué este esmeril de los contrarios ruina,
mucha defensa haciendo en la cortina
del bello acampamento,
cuando hizo seña el parche á rompimiento.
Luego que el comandante esclarecido,
con un destacamento el más lucido
marchó lleno de gloria
como si á cantar fuese la victoria,
áspera conquistando la montaña,
no con fuerza, con maña,
en leguas diez y seis iba venciendo
cuantos se le iban riesgos oponiendo.

Dicho

Dichoso caminaba
con el tren ostentoso que llevaba,
sin que en su pecho hicieran impresiones
las fantásticas vanas ilusiones.
De un arroyuelo asi llegó á la orilla,
donde el cristal y plata se acaudilla.
Allí miró formados
hasta seiscientos indios arreglados:
pero sin que su esfuerzo se amedrente,
al punto ordena que se forme un puente,
y obedeciendo en breve este precepto,
tuvo dichoso efecto;
pues por el dicho puente
tránsito halló la tropa libremente,
equipaje y también artilleria,
que en nada *Garretón* se detenia.
Ya estando en la otra banda colocado
el ejército fuerte y denodado,
reparan que los indios que allí estaban
escaramuza en sus caballos traban:
y como eran contrarios,
con justa causa se alteraban varios;
tanto que, apercibidos,
con los gatos estaban prevenidos.

Mas nuestro comandante,
(que era de sus intentos penetrante)
con el semblante sólo los detuvo,
y nunca más valiente que ahora estuvo:
que el valor en la lid es indecencia,
si antes no se consulta á la prudencia.
El *Garretón* queria
la escaramuza ver de qué nacia,
y contuvo el amago,
por no hacer lamentable aquel estrago.
Y avanzándose enfrente.
con los caciques se quejó elocuente
de una resolución tan impensada,
y por eso jamás de él esperada.
Mas los indios (no sé si artificiosos,
con puridad hablando, ó cautelosos)
dicen no se inferia
como rumor de guerra la alegria;
pues aquellas carreras,
con que medir querian las esferas,
eran gozo y no guerra,
por ver los españoles en su tierra.
Toda esta gran función que se veia,
hasta tres cuartos de hora duraria:

y

y volviendo los indios á formarse,
no quiso más la tropa dilatarse.
Pero apenas seis cuadras caminaron,
cuando otro arroyo hallaron,
y aquí no quiso *Garretón* prudente
detenerse á formar segundo puente;
y al ejército anima
á que pasase á vado y se lo intima:
pues cuerdo desconfiaba
de aquella retaguardia que dejaba,
porque aunque antes señal de paz mostraron,
los interiores no se examinaron.
Esto también lo hacia,
porque de la otra parte conocia
un sitio ventajoso
para formar un fuerte poderoso:
lo que breve se vió verificado,
pues se halló un fuerte antiguo conquistado,
del cual tomando posesión contento,
quiso llamarlo atento
la Virgen del Pilar de Zaragoza,
por hacer su firmeza más gloriosa.
Hizose en él aquella noche fuerte,
por prevenir así mejor su suerte;

y en el siguiente día, poderoso
él avivó su foso,
y formó una estacada por seguro,
que le servia de muro,
por poder algún tiempo establecerse,
y lograr ejercerse
en ir sagaz tirando las medidas,
(con reflexión madura discurridas)
para poder marchar á Riobueno,
que era de sus deseos todo el lleno,
y tan cercano estaba,
que cuatro leguas nada más distaba.
En esta posesión de dicho fuerte,
de este héroe el ingenio bien se advierte;
pues sólo trabajaba
en afectar que allí siempre se estaba:
máxima tan feliz que le convino,
pues se ocultó á los indios su destino.
Pero á fin de enterarse
en los rumbos seguros y no errarse,
cuando le parecia,
él con ocho soldados se salia;
y así breve quedó inteligenciado
del camino infalible y acertado,

que

que llega á dar al mismo Riobueno,
de todo riesgo y contingencia ajeno.
Y enterado de todo,
con mañoso artificio, industria y modo,
deja el fuerte ligero
á los diez y ocho del ardiente Enero;
su marcha encaminando diligente
al que es de sus deseos continente:
al Riobueno digo,
donde esperaba hallar al enemigo.
Marchaba á la vanguardia,
siguiendo por detrás la retaguardia
mirando á la coluna
un escuadrón valiente y de fortuna,
que de trescientos indios fué formado,
regido de un ilustre y leal cacique,
digno de que el elogio se le aplique:
Inallao se nombra
y su lealtad á la nación asombra,
á quien nuestro monarca, si lo viera,
grandes premios le diera;
pues su fidelidad es quien le abona,
merecedor de una imperial corona.
Este escuadrón seguia,

no con menos heroica bizarría,
el capitán nombrado
don *Francisco Albarrán*, bien señalado.
Segunda persona es del comandante
el campeón arrogante;
y por eso este día
arrastró la valiente infantería.
Iba á su retaguardia con cuidado
la artillería con su tren armado.
Los víveres le siguen y equipaje,
que esto es alma del viaje:
y á este noble armamento
de numeristas cubre el lucimiento.
Mientras así marchaban,
y á conseguir su empresa caminaban,
se hallaba el comandante,
(Argos en todas partes vigilante)
repartiendo instrucciones,
que dictaban sus cuerdas reflexiones:
teniendo en todo puesto tanto esmero,
que á todos y á cada uno iba primero.
La una era de la tarde,
cuando de todo riesgo haciendo alarde,
llega la tropa ¡rara maravilla!

del

del rio mencionado hasta la orilla:
y visto ya el terreno
que parecido al río era en lo bueno,
al jefe se le ofrece
allí quedarse; porque se pudiese
poco á poco ir formando
el poderoso fuerte por *Fernando*.
Y porque esta concordia
no la desazonase la discordia,
el *Garretón* prudente
llama á junta de guerra prontamente,
por consultar si aquel lugar sería
propio para la idea que él tenia.
Y habiéndose juntado,
salió por muchos votos acordado,
que sólo era aquel sitio conveniente
para invernar la gente:
y porque mientras todos reposasen,
proporcionadas líneas se tirasen.
Con este fundamento,
allí se estableció el campamento:
las líneas se tiraron
que al intento acordadas se pensaron:
y en el dia siguiente

se

se dió la providencia conveniente
para que luego el fuerte se formara,
sin que este pensamieuto se estorbara:
porque cuando en esta obra se entendia,
ni un indio en los contornos parecia.
El trabajo feliz se continuaba,
porque se aprovechaba,
mientras la tropa cubre una sencilla
formada estacadilla.
Del alto de seis cuartas ésta era,
por defenderse asi de esta manera:
y en la linea que hacia
circulo á la estacada que se veia,
hipógrifos de frisa se pusieron
los que de cañas bravas se fingieron,
cuyas puntas tostadas
aún quedaban al fierro aventajadas:
y todos advertian,
que por bravas defensa grande harian.
Viéndose *Garretón* en la fatiga
del mismo fuerte á que su honor se obliga,
donde tanto admiraba,
que ver lo que él hacia edificaba,
teniendo dos cortinas concluidas,

por

por hallarse sus formas bien cumplidas,
de Enero á ventisiete aparecieron
(como todos las vieron)
en aquel rio dos embarcaciones,
sin alcanzar su fin ni pretensiones.
Toda la tropa la novedad mira,
que por estraña, sin temor se admira:
cuando el jefe valiente,
alentado y prudente,
á la orilla desciende cuidadoso,
por entrar sin la duda en el reposo.
Ocho soldados lleva,
y al capitán de lenguas para prueba:
que cuando no se entienden las naciones,
no sirve la razón sin las razones.
A la orilla llegaron,
y con seña de paz luego llamaron:
y una de aquellas dos embarcaciones
se redujo, por ver sus intenciones.
En ella viene, ardiendo más que un horno,
un *Paidil*, que cacique era de Osorno:
y con una osadia,
que á los bárbaros sólo convenía,
dijo, con fin de establecer la guerra,

que estrañaba españoles en su tierra.
El comandante (Ulises verdadero)
guardó para su tiempo lo severo:
y con un modo afable,
(para ver si triunfaba por lo amable)
á la expresión grosera
del indio, respondió de esta manera:
Ocioso está *Paidil* vuestro ardimiento,
y es porque no alcanzáis mi pensamiento.
Mi venida no os puede ser perjuicio,
antes de ella os resulta un beneficio
que será inacabable,
pues os traigo la vida perdurable.
El Rey que me dirige,
que católicos seáis constante exige:
y si lo logra, vuestra es la victoria,
pues vuestro vencimiento es vuestra gloria.
Y pues también los indios comarcanos,
con la capa de ver que sóis paganos,
os hacen mil molestias é irrupciones,
nosotros os daremos protecciones,
para que defendidos y cristianos,
de feroces paséis á ser humanos.
Cuando los indios tal respuesta oyeron,

en

en ella al parecer se complacieron.
Las cinco de la tarde habían llegado,
cuando los barcos dos se han apartado,
y *Garretón* pasó á su campamento,
buscando allá en su claro entendimiento,
si en los indios tan fiel condescendencia
tendria la traición por consecuencia.
De Febo el ardimiento
tumba hizo el argentado monumento;
y sucedió la noche tan terrible,
que la vista existente fué imposible:
porque de las tinieblas la ocurrencia,
le embarazan el acto á esta potencia.
Viendo el jefe que tanta luz le falta,
con bastante razón se sobresalta:
y es porque los esfuerzos más colmados
no tienen ejercicio á ojos cerrados.
Mas, con todo eso, el gran don *Juan Antonio*
no dió de este cuidado testimonio:
porque el cuerpo no tiene fortaleza,
en viendo que flaquea la cabeza,
antes manda animoso que la gente
esté sobre las armas prontamente.
Este orden repentino,

sacó

sacó á los oficiales de su tino:
y al jefe representan
cuanto con el cansancio se atormentan
por lo que en aquel dia han trabajado:
y tener el ejército parado
sobre las armas repentinamente,
era acto irregular; y asi impaciente
él entonces responde:
bien se ve que al ejército se esconde
el peligro en que estamos;
y pues en árduo trance nos hallamos,
ahora es sólo importante la obediencia,
porque sin prevención no hay resistencia.
Esta resolución cuando escucharon,
luego á sus tiendas todos se entregaron,
y *Garretón* quedó considerando
cuanto estaban los suyos de él confiando.
Las nueve y media dadas ya serian
cuando estas cosas todas sucedian:
y el comandante entonces discursivo,
se halló contemplativo,
á los indios trayendo á la memoria:
meditación, que le acarreó gran gloria.
Asi en el campamento se paseaba

con

con estos pensamientos que ocultaba:
haciendo con sus chistes serio empeño
de vencer en sus milites el sueño.
Las once y media de la noche han dado,
cuando el valiente jefe recostado
quedó de bruces sobre la trinchera;
que como mortal era,
el cuerpo desde luego pretendia
el descanso que el sueño le ofrecia.
Apenas se traspuso,
una voz á su acuerdo lo repuso,
la cual, según se oia,
dos veces á las armas repetia.
Recuerda el comandante,
y cual rayo de Júpiter tonante,
desenvainando el sable,
silencio pide, porque el acero hable.
Apenas esto habia pronunciado,
de cuatro mil infieles fué cercado:
tropa á quien un cacique gobernaba,
que entre ellos *Catillanca* se nombraba,
y el cacique *Paidil* de aquella tarde,
que su intento ocultó como cobarde.
Dióse principio á la batalla fiera,

pero de tal manera,
que parece que en una y otra parte
era el furor la perfección del arte.
Aquí los valdivianos y limeños,
haciendo competencia en sus empeños,
acreditan su mérito esforzado,
al darles la fatiga más cuidado.
Los indios empeñados,
como tigres embisten arrestados;
sin hacer reflexiones,
de que los españoles son leones.
Y aquí el comandante valeroso,
visitando el ejército brioso,
desterraba la calma,
porque era de aquel cuerpo su voz alma.
Desde las once y media, que empezaron
la batalla terrible que formaron,
recibiendo esta tropa avances nueve,
donde la muerte en las macanas llueve.
Aquí indecisa estaba la victoria,
pues luz no había con que ver la gloria,
hasta que ya rayando el claro día,
la Aurora de la gracia, que es *María*,
del cielo se asomó por los balcones,

á dar

á dar clara razón de estos blasones.
El triunfo era ya nuestro,
sólo debido á un accidente diestro.
El caso fué: que de la noche á la una,
cuando estaba la lid más importuna,
tanto los enemigos nos cargaban,
que todo lo que es carga embarazaban,
sin dejarnos cargar la artillería,
ni dar lugar á la fusilería.
En lance tan terrible y riguroso,
Garretón ingenioso,
cuando á Marte en la guerra superaba,
como Apolo en lo obscuro iluminaba:
mandando á sus soldados,
que sin temer el riesgo, denodados
esparzan por el campo las granadas,
á mano destinadas,
por si el fuego consigue con el trueno
que arda cual Troya el campo del Riobueno.
Oh! qué feliz efecto
tuvo del comandante este precepto!
porque tantas granadas se han tirado,
que ardió un cajón de fuegos abrasado.
De fuegos, decir quiero, artificiales,

de

de cohetes, buscapiques y otros tales
que estaban á su tiempo preparados
para dejar los indios aterrados.
Fué luego que prendió tal el estruendo,
y al adversario campo tan horrendo,
que como allí los indios no veían,
crecía su temor por lo que oían:
porque suele el sonido del amago
hacer todas las veces del estrago.
Los indios, pues, perdidos,
viéndose de este horror tan poseídos,
absortos por media hora se retiran,
porque á escapar de tanto horror aspiran.
En este tiempo que á la tropa dieron,
de algún modo los nuestros se rehicieron,
y pudieron, estando recobrados,
al certamen volver más esforzados.
Libres los indios del pasado susto,
vuelven al campo con furor y gusto,
dándonos tres avances;
pero en todos echaron malos lances.
En este tiempo apareció en la esfera,
el que es planeta cuarto y luz primera,
y empezó con su luz clara y notoria

á ha-

á hacernos manifiesta la victoria.
Luego que se mostró la descubierta,
viéndose la campaña ya desierta
de enemigos tiranos, que vencidos
huyeron, en su miedo sumergidos,
concede el comandante á sus soldados
el goce en los despojos bien ganados.
Las presas bien logradas,
eran lanzas, macanas, con espadas,
y al pie de las trincheras encontraron
ciento treinta y seis indios, que quedaron
siendo mudos testigos
de los que perecieron enemigos.
También heridos hubo,
entre los cuales uno vida tuvo,
para hacer relación con rectos puntos
de cuantos indios nos cercaron juntos.
Y los soldados que de espías fueron,
individual noticia nos trajeron
de los difuntos en la lid sangrienta,
que pasan de quinientos y noventa.
En este mismo dia
(porque el urgente caso lo pedia)
el jefe, sin temer del riesgo nada,

á Valdivia remite una embajada,
haciendo relación bien espaciosa
de esta función gloriosa,
y advirtiendo que estaban sorprendidos
con diez y siete heridos;
recelando otro asalto por momentos,
porque observaban bien los movimientos
con que el bárbaro ya se prevenía:
que de víveres mucha falta había,
porque de allí se hallaban los ganados
por los mismos infieles retirados.
A tan debidas justas peticiones,
que de *Garretón* fueron precisiones,
el gobernador dice
que él se hallaba en estado harto infelice;
y que, así, sólo envía
diez y siete hombres, que es cuanto tenía:
y que estaba informado,
en que el bárbaro ya ha deliberado
el sitiar á Valdivia, la gran plaza
y también á esta tropa ir atacando,
por el fuerte invencible de *Fernando*.
Estos diez y siete hombres que venían,
aunque para socorro se traían,

todo

todo quedó en promesa,
porque ellos sólo hicieron fortaleza
en el fuerte que llaman Huequecura,
creyendo su defensa allí segura.
El comandante, hallándose advertido,
en que está de socorro destituído,
pues de Valdivia, habiendo tanta alianza,
era sólo imposible la esperanza,
buscaba su cordura,
para no perecer, senda segura.
A los milites mándales que entrasen
á los sembrados y se apoderasen,
como si fuesen propios de sus frutos,
porque éstos de la lid son institutos.
La tropa asi lo hacia,
con que de bastimento se rehacia;
aunque á los que se entraban allá dentro
no les faltaba siempre algún reencuentro,
porque estas gentes fieras
defienden con vigor sus sementeras.
Diez y siete se cuentan de Febrero,
cuando á este campo vino orden ligero,
en que el gobernador al jefe impera,
que se retire luego de esta esfera:

pero

pero el jefe prudente
no lo hizo, por no hallarlo conveniente.
Mas un orden segundo luego viene,
y en él á *Garretón* se le previene,
que sin pararse en nada,
al punto se ha de hacer la retirada,
yéndose á establecer en Huequecura,
porque éste fué dictámen de cordura,
que en consejo de guerra se habia dado,
y era ley el que fuese ejecutado.
El orden se obedece
y antes de que la clara luz se viese,
con tal silencio el campo se levanta,
que porque no se siente más espanta.
Un superior terreno
tomaron para ver al sol de lleno:
y *Garretón*, caudillo generoso,
que es de Moisés imitador famoso,
marcha en aquel desierto
dando gracias á Dios del triunfo cierto.
De gracias hace acciones,
al ver rendidos cuatro mil faraones.
Las nueve eran del dia
cuando la tropa llena de osadia,

bien

bien segura marchaba
de que ninguno el paso le cerraba.
Que aunque los enemigos se juntaron
y salir al opósito intentaron,
mas no lo consiguieron,
por el buen orden que en la marcha vieron.
Quien duda que sería,
porque iba en el ejército *María*;
pues sólo su belleza es infalible,
que es al abismo ejército terrible.
De la tarde á las cuatro
llegó la infantería á aquel teatro;
al fuerte digo, que el abrigo ofrece.
mas fuera de él con todos se establece.
Después el comandante con su resto
llega á este mismo puesto,
que se formaba de caballería,
y de otros con el tren de artillería.
Luego que allí llegaron,
parte del caso al gobernador dieron,
en todo lo impusieron,
y la felicidad participaron.
Pero el gobernador, que así se informa,
de guerra otro consejo nuevo forma:

y al momento le ordena al comandante,
que todo lo abandone,
viendo que asi el consejo lo dispone:
y que él sólo á la plaza se pasase,
sin que nada llevase;
porque el tiempo importuno
no le dejaba dar socorro alguno,
para que condujese en este viaje
todo cuanto pudiese ser bagaje.
No quiso obedecer el comandante,
porque de la razón lo halló distante.
Entró en la plaza con cuanto él tenia,
sin tres cajones de cartuchería,
y balas que á la plaza no llegaron,
porque en los enemigos se gastaron.
Estando ya en plaza asegurada
la tropa de laureles coronada,
con pérdida de un hombre solamente,
que murió en la función de un accidente.
Manda el gobernador que con doce hombres
Garretón salga á eternizar sus nombres,
y que otra vez visite el Riobueno,
por ver quien se le opone en su terreno.
Este héroe tan noble y generoso,

que

que es en el mayor riesgo más brioso,
parte con diligencia,
ilustra luego el rio su presencia:
y viendo al enemigo acobardado
y como retirado,
su mismo desaliento,
si aumento cabe, dió al valor aumento.
Ya por sus caserios lo persigue
y en la empresa consigue
á Valdivia llevar un prisionero,
que ha preso con esmero,
habiendo una gran dicha conseguido,
pues de la rebelión causa habia sido.
Con éste y una india entró en la plaza,
que con la industria de su red enlaza.
Este es todo el suceso,
digno de estar en la memoria impreso.
Todo esto se ha debido
al influjo de *Amat* esclarecido,
pues desde el solio donde presidia,
á *Garretón* su espíritu infundia.
A que se da bien claro testimonio,
del valor del invicto *Juan Antonio:*
y recojo la pluma porque veo,

pue

que es su vuelo más corto que el deseo.
A ser su coronista me ha movido
el ser su fino capellán rendido,
y mucho más dijera,
si como hazañas él, lenguas tuviera.
Pero mientras le pido humildemente,
que perdone mi ofrenda reverente,
por todo el orbe correrá su historia,
carácter á imprimirse en la memoria.

FIN

«Yo, el comisario general don José del Río, escribano mayor del gobierno de este reino, por Su Majestad: certifico, en cuanto puedo y ha lugar en derecho, como en los autos sobre la construcción del fuerte de San Fernando, á orillas del Ríobueno, jurisdicción de Valdivia, habiéndose presentado en este superior gobierno el comisario general de caballería don Juan Antonio Garretón, capitán de infantería española de la primera compañía, que guarnece dicha plaza, y comandante de la expedición, exhibiendo el libro de órdenes que dió en ella, con la vista que se le dió al señor fiscal y su respuesta, se proveyó el auto del tenor siguiente:

«En la ciudad de Santiago de Chile, en diez y siete del mes de Julio

de mil setecientos cincuenta y nueve años, el muy ilustre señor presidente, gobernador y capitán general de este reino, habiendo visto el libro de órdenes que ha presentado el capitán de infantería don Juan Antonio Garretón, comandante de la expedición de Ríobueno, dijo: que aprobaba y aprobó las órdenes y providencias que en él se contienen, como arregladas y conformes á las órdenes que se le dieron y á las reglas militares. Y que en su consecuencia, en nombre de Su Majestad (que Dios guarde) le daba, y dió las gracias á dicho oficial, según y como lo pide el señor fiscal, por haber desempeñado exacta y valerosamente la confianza que se hizo de su persona y conducta en aquella expedición, con

gloria de las armas españolas. Y que el presente escribano le dé las certificaciones que pide, autorizadas en pública forma y manera que haga fe, así en dicho presidio como fuera de él, y fecho, se junte este expediente con los autos sobre la construcción del fuerte de San Fernando. Y así lo mandó, proveyó y firmó Su Señoría, de que doy fe.—Don Manuel de Amat.—Ante mí.—*José Antonio del Río*, escribano mayor de gobierno por Su Majestad.

Es copia del auto original, que queda en los autos de la materia, al que me refiero. Y para que conste, en virtud de lo mandado, doy el presente, dicho día, mes y año citados.—*José Antonio del Río*, escribano mayor de gobierno por Su Majestad.